Compartimos, cedido por la Arquidiòcesis del Patriarcado de Antioquía en Buenos Aires, la vida del santo traducida por S.E.R. Metropolita Siluan.

SAN NIKOLAJ VELIMIROVICH

Nicolás Velimirovich, el futuro San Nicolás de y Ohrid, nació el 23 de diciembre de 1880 en Celije, un pequeño pueblo situado a ocho kilómetros de Valjevo, a unos cien kilómetros al suroeste de Belgrado, en una familia de campesinos pobres que llegó a tener nueve hijos.

Bautizado en el Monasterio Celije, cuya iglesia fue también, en ese momento, la iglesia parroquial de la aldea de Lelich, recibió el nombre de Nicolás en honor al santo patrono de la familia, que era San Nicolás de Myra. Su crecimiento ulterior fue asentado sobre las bases tanto del consejo como del ejemplo de su madre.

En aquella época, los monasterios proporcionaban la educación religiosa y escolar, y es en el Monasterio de Celije que el niño recibió su primera educación. La ambición de sus padres se limitaba a que el niño recibiera la instrucción suficiente para que fuera capaz de ayudar a los demás habitantes del pueblo a redactar su correspondencia con la administración, pero el “pequeño Nicolás” muy rápidamente mostró un celo por el estudio además de tener capacidades intelectuales excepcionales, por lo que al acabar la escuela primaria, su maestro les pidió a sus padres que le permitieran continuar sus estudios en la escuela secundaria en Valjevo.

Después de haber completado con éxito su sexto año en la escuela secundaria, Nicolás aprobó un concurso para entrar en la academia militar, pero la comisión de médicos responsables del reclutamiento no lo aceptó, por considerarlo demasiado débil. Entonces, se matriculó en el Seminario de San Sava en Belgrado, donde se encontró con algunas dificultades debido a su falta de talento para el canto, pero donde también fue un estudiante brillante a lo largo de sus estudios. Naturalmente dotado, y también estudioso y perseverante, no le bastaban los cursos y los manuales de estudio, sino que leía las obras de grandes autores. Por lo tanto, a la edad de veinticuatro años, había leído las obras de Njegoš, Shakespeare, Goethe, Voltaire, Víctor Hugo, Nietzsche, Marx, Pushkin, Tolstoi, Dostoievski y muchos otros.

Cuando finalizó sus estudios teológicos, ejerció por un tiempo la función de docencia cerca de Valjevo y ayudó también al sacerdote del lugar en el trabajo de la parroquia.

Además, contribuyó a la fundación y la redacción de la revista “El Mensajero Cristiano” (Hrišćanski Vesnik).  
En 1905, Nicolás, por recomendación de las autoridades eclesiásticas, obtuvo una beca del gobierno para continuar sus estudios en el extranjero. Comenzó en la Facultad de Teología de los viejos-católicos en Berna, y luego se fue a Alemania, a Inglaterra y a Suiza, y más tarde a Rusia. Estos viajes le permitieron leer y hablar siete idiomas, y obtener un conocimiento profundo no sólo de la literatura y la filosofía, sino también de la mentalidad europea. Es durante esta época - sobre todo en Inglaterra – que estudió la sabiduría del Extremo Oriente y se sumergió en los libros religiosos y filosóficos de la India antigua.

En 1908, cuando tenía veintiocho años, sus estudios en Berna, Suiza, fueron coronados con un doctorado en teología cuya tesis era: “La fe en la resurrección de Cristo, el dogma fundamental de la Iglesia Apostólica”.

Nicolás pasó el año siguiente en Oxford, donde preparaba un doctorado en filosofía, pero es en Ginebra y en idioma francés que defendió su tesis titulada: “La filosofía de Berkeley”.

De regreso a Europa en el otoño de 1909, cayó gravemente enfermo. Sufriendo de la disentería, fue hospitalizado durante seis semanas. Se comprometió, si se recuperaba, a consagrarse al servicio de la Iglesia como monje y sacerdote. Así, el 20 de diciembre de 1909, recibió la tonsura monástica en el Monasterio de Rakovica, y fue ordenado aquel mismo día.

Poco después, recibió el título de archimandrita, y en 1910 fue enviado por el Metropolita Dimitrio Srbija en Rusia, donde pasó un año estudiando, pero también viajando por el país y familiarizándose con la vida del pueblo y de la Iglesia Rusa.

En 1911, fue nombrado profesor asistente en el seminario de San Sava en Belgrado para enseñar filosofía, lógica, psicología, historia y lenguas extranjeras. Bajo su influencia y guía espiritual, muchos jóvenes consagraron su vida a la Iglesia como monjes, clérigos y teólogos. Uno de ellos, Justino Popovich (1894-1979), discípulo espiritual del Padre Nicolás, se volvió en uno de los más grandes teólogos de la historia de la Iglesia Ortodoxa Serbia, y fue canonizado por ella en 2010.

Dotado para la prédica, el joven archimandrita hacía brillantes sermones en las iglesias en Belgrado y en toda Serbia. También daba conferencias, incluso en la Universidad de Kolarac. Mientras tanto, publicó, en revistas religiosas y literarias, numerosos artículos, principalmente sobre Njegoš, Nietzsche, Shakespeare y Dostoievski. En 1912, publicó una antología de sus homilías titulada “Sermones bajo la montaña”, y justificó el título con esta expresión: “Cristo habló en el monte; Yo puedo hablar sólo al pie del mismo”.

El archimandrita Nicolás se hizo muy conocido después, no sólo en Belgrado y en Serbia, sino en todas las otras regiones yugoslavas.

Cuando Serbia se encontró, de 1912 a 1918, comprometida con la guerra de liberación y de reunificación de los pueblos yugoslavos, él animó y consoló al pueblo en sus luchas y sufrimientos con discursos muy escuchados, que fueron publicados en 1914 en una colección titulada: “Más allá del pecado y de la muerte”. También se alistó como voluntario en el trabajo humanitario y cuidó de las víctimas de la guerra y de los enfermos. También ayudó a los pobres, incluso mediante la transferencia de su salario al estado durante toda la duración de las hostilidades.

El hieromonje Nicolás se encontró también comprometido en la vida política de su país cuando el gobierno serbio lo envió en una misión diplomática para defender los intereses nacionales, por primera vez a Inglaterra en 1914, y luego a Estados Unidos en 1915. Su inteligencia, su elocuencia, el conocimiento de las lenguas extranjeras, su sabiduría y su popularidad, permitieron que Nicolás concientice a los aliados occidentales sobre el calvario de Serbia. Tanto en Estados Unidos como en Inglaterra, él dio numerosos discursos en iglesias, universidades y otras instituciones, luchando por la supervivencia y por la reunificación de los serbios y de los eslavos del sur. En Inglaterra, publicó dos folletos de espiritualidad: “Los mandamientos del Señor” y “Meditaciones sobre la oración del Señor”, y recibió un doctorado honoris causa de la Universidad de Cambridge. En los Estados Unidos, a partir de agosto de 1915, durante el gran congreso de Chicago, logró unir a los miembros de la Iglesia y sumar a muchas personas a la causa yugoslava, no sólo a ortodoxos sino también a católicos y a protestantes, quienes luego expresaron su deseo de contribuir a la liberación de Serbia. Muchos voluntarios dejaron entonces América para a unirse al frente de Salónica. El archimandrita Nicolás también aprovechó esta visita a Estados Unidos para recaudar fondos para ayudar a las víctimas de la guerra. En aquella época, dio a conocer su voluntad de unir a todas las iglesias cristianas, y a partir de ese momento, se acercó a la Iglesia Anglicana de Inglaterra y a la Iglesia Episcopal de Estados Unidos.

A principios de 1916, regresó a Inglaterra, donde decidió quedarse hasta el final de la guerra. Enseñó en Oxford, y en 1919 recibió de la Universidad de Glasgow un segundo doctorado honoris causa.

El 12 de marzo de ese año, se le informó que fue nombrado obispo de Zicha. Tenía entonces treinta y nueve años. Pronto se trasladó a su diócesis, pero se quedó sólo un año, ya que, a finales de 1920, fue nombrado, por el Santo Sínodo, Obispo de Ohrid y Bitola con el fin de facilitar la unión de Serbia y de Montenegro como parte de la naciente Yugoslavia. En 1934, tuvo que ser re-nombrado, a petición de las personas y del Sínodo de los arciprestes, obispo de Eiea (ÆiËa) sede que ocupó hasta 1941.

Mientras era obispo de Ohrid, monseñor Nicolás iba todos los veranos a Monte Athos, y nunca dejaba de visitar, en el monasterio ruso de San Pantaleón, al monje Siluán (el futuro san Siluán de Athos); era entonces una de las pocas personas que había visto, detrás de las meras apariencias de este Anciano, su estatura espiritual excepcional, y de quien escribió una necrología en una revista misionera serbia titulada “Un hombre de gran amor”. También conoció al discípulo de San Siluan, el futuro Archimandrita Sofronio, a quien ordenó diácono en 1930.

Gracias a la influencia de Monte Athos, a su relación con el Staretz Siluán (a quien consideraba como su “maestro”) y a su estrecho contacto con las obras de los Santos Padres – pues empezó a leer y a estudiar mucho en aquella época – que un cambio interior profundo se produjo en él, marcado por un reenfoque en la ortodoxia y una transformación personal que podía ser apreciada por todos. Así, monseñor Nicolás arrojó lejos de él lo que, proviniendo de Occidente o del Lejano Oriente, era ajeno a la tradición ortodoxa. En cuanto a su comportamiento, este renacimiento espiritual interior se manifestó en una forma más sencilla de hablar, de comportarse, de vestirse, como así también en sus discursos y escritos.  
El obispo Artemio Radosavljevich escribe sobre el “hombre nuevo” que Monseñor Nicolás era en ese momento: “La gloria del mundo no significaba nada para él, la gloria de los hombres era insípida, la expresión literaria muy aseada le parecía vacía de sentido, el razonamiento mundano era en sus ojos nada más que miseria y mendicidad. Esto no quiere decir que Monseñor Nicolás se había convertido en simplista, sino que se volvió más espiritual y simple. Para él, las palabras de Cristo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14: 6) son todo. Dejó todo para dirigirse a Cristo y a su pueblo sediento de Dios. Un verdadero renacimiento se produjo en él, un nuevo nacimiento y el comienzo de una vida santa. Cristo era para él el Dios vivo, que le permitió renacer en profundidad. De Nicolás el genio nació Nicolás el santo. Y es precisamente esto lo que atrajo a la gente, y los hizo reagruparse en torno a él. Sin esta ruptura, Nicolás habría sido tal vez un gran genio aislado en nuestro pueblo. Pero él nunca se habría convertido en el nuevo Crisóstomo serbio” . Es como Obispo de Ohrid y Zicha que Monseñor Nicolás desarrolló su actividad plena y verdadera. A pesar de las numerosas misiones en el extranjero y la intensa producción literaria, efectuó de 1920 a 1940 una gran labor pastoral.

En la década del ´20, contribuyó en gran medida a la fundación de un movimiento religioso secular que atrajo a muchos jóvenes, especialmente a los campesinos, la “Comunidad Ortodoxa Popular”, también llamado el “Movimiento de Oración a Dios”, cuyos miembros impresionaban por sus vidas ejemplares y su fervor religioso. Este movimiento animaba a leer la Biblia, a practicar la oración, a participar de los servicios litúrgicos, a confesarse y comulgar frecuentemente, y a traducir los textos litúrgicos en lengua serbia. Él contribuyó a una renovación de la vida monástica que implicó la reapertura y la restauración de muchos monasterios.

A lo largo del período en que Monseñor Nicolás fue obispo de Ohrid, de Bitola y de Zicha, se llevó a cabo en estas diócesis, bajo su liderazgo, todo un trabajo de renovación material e institucional. Él organizó la reconstrucción de muchos monasterios destruidos, abandonados o medio vacíos como así también de muchos monumentos. Restauró y creó muchas instituciones y fundaciones de caridad. Llegó en particular a ayudar a los niños pobres, a los huérfanos y a los estudiantes de origen humilde, sin importar la raza ni la religión. Creó en Bitola, Kraljevo, Čačak, Gornji Milanovac y Kragujevac, hogares donde fueron acogidos, justo antes de la Segunda Guerra Mundial, más de seiscientos niños. Para muchos niños pobres en Yugoslavia, él era “el tío Nicolás”.

Además, le dio una nueva vida a la vida espiritual, litúrgica y monástica y a todas las prácticas de caridad, mucho más allá de las fronteras de sus diócesis. Sus cualidades personales, su carisma espiritual, su don de la palabra y su talento para escribir atrajeron a mucha gente a él, y a través de él, a la Iglesia. Un comentarista escribió: “Cuando queremos apreciar el trabajo de Nicolás Velimirovich, hemos de tomar en cuenta también la influencia incomparable que ejerció sobre sus contemporáneos. Él era el guía espiritual, el faro, el inspirador. Sin exagerar, se puede distinguir la Iglesia serbia antes y después de Nicolás Velimirovich. Con él, otra época comenzó. Es como si, gracias a él, los serbios habían redescubierto la religión. Su magnetismo atrajo a la Iglesia a una élite intelectual, a los teólogos de la primera fila, como a Justino Popovich [...] y a toda una generación de jóvenes. Al mismo tiempo, el obispo Nicolás guió a las masas de fieles quienes se encontraron de repente con un enorme hambre espiritual”.

Entre 1921 y 1927, el Obispo Nicolás fue enviado a menudo al extranjero para llevar a cabo misiones eclesiales y nacionales.

En primer lugar, visitó Estados Unidos en 1921. El objetivo principal de su viaje fue asentar las bases de la Iglesia Ortodoxa Serbia en América. Por lo tanto, fue nombrado por un período de seis meses, administrador del obispado serbio-americano-canadiense, cargo recién creado entonces. Gracias a su iniciativa, se construyó el monasterio de San Sava en Libertyville, en Illinois. Durante su estadía, dio más de ciento cincuenta homilías y conferencias en diversas iglesias y universidades, y recaudó dinero para los orfanatos que había fundado en su diócesis.

Al año siguiente, fue a Atenas, a Constantinopla y a Monte Athos.

Regresó a Estados Unidos en 1927 por invitación de varias instituciones, por una estadía de seis meses, durante la cual dio de nuevo muchas conferencias en varias iglesias y universidades. En el camino de regreso, se detuvo un par de semanas en Inglaterra, donde anunció proféticamente la venida de la Segunda Guerra Mundial.

En 1930, participó en la Conferencia Pan-ortodoxa, que se celebró en el Monasterio de Vatopedi en Monte Athos, donde hizo escuchar la voz de la ortodoxia, poniendo la tradición de la Iglesia universal dentro de las tradiciones locales marcadas a menudo por tendencias nacionalistas, con “el propósito de presentar, en forma clara y comprensible, a los cristianos occidentales, la verdadera y eterna fe de la Iglesia que es una, católica y apostólica”, como bien ha dicho.

A menudo estaba presente en las conferencias de paz, en las reuniones internacionales de la Asociación Cristiana de Jóvenes en el mundo (YMCA) y las numerosas reuniones y conferencias organizadas por el movimiento ecuménico en vías de formación.

A través de numerosas reuniones, se esforzó también por mantener buenas relaciones con los miembros de las iglesias vecinas y hermanas (en particular, griega y búlgara) y con los miembros de otras confesiones cristianas presentes en la Yugoslavia de antes de la guerra.

Monseñor Nicolás también fue llevado a participar en algunos episodios de la vida política de su tiempo. En 1937, se opuso con éxito al Concordato impuesto a la Iglesia por el gobierno de Stojadinovich y de Korosec, resultado de un acuerdo con el Vaticano, el cual hizo del país una tierra de misión para la Iglesia Romana. También participó, junto con el patriarca Gabriel Dozich, al rechazo del pacto firmado el 25 de marzo de 1941, con Alemania e Italia, por el gobierno de Cvetkovich, algo que le hizo ganar la simpatía de la gente y el odio de los dirigentes alemanes.

Es sorprendente que, a pesar de la multiplicidad de sus actividades y de sus movimientos, Monseñor Nicolás conservó a lo largo de este período una intensa actividad literaria. Muchas obras importantes aparecieron entre 1920 y 1941: “Palabras sobre el hombre universal” (1920), “Oraciones sobre el lago” (1922), “Reflexiones sobre el Bien y el Mal” (1923),” Nuevos sermones al pie de la montaña” (1923), “Homilías para los domingos y los días festivos” (1925), “La fe de los hombres instruidos” (1928), “El Prólogo de Ohrid” (1928), “La guerra y la Biblia” (1931), “Símbolos y Signos”(1932), “Emmanuel” (1937), “Nomología” (1940), “El pueblo serbio como siervo de Dios” (1941), “Cartas misioneras” (1937-1941).

La obra abundante de Monseñor Nicolás fue interrumpida por la Segunda Guerra Mundial. El 6 de abril de 1941, las tropas alemanas invadieron Yugoslavia. En ese momento, el Obispo Nicolás estaba en el monasterio de Zicha. Los alemanes le enviaron dos emisarios para decirle, “ya que la gente lo escuchaba a él”, de usar su influencia llamando a los serbios a la sumisión. Él se negó con indignación a cumplir esta propuesta de colaboración, y les respondió: “El pueblo serbio no me escucha, porque si me hubiera escuchado, ustedes no estarían aquí”.

Con coraje, protestó públicamente contra los disparos de Kraljevo y comenzó de inmediato a atender a la población que sufría de la ocupación, incluso asistiendo a muchos judíos perseguidos.

Debido a su resistencia al ocupante y a la estima que el pueblo le tenía, los alemanes detuvieron al Obispo Nicolás el 12 de julio de 1941, el día de los santos apóstoles Pedro y Pablo. De acuerdo con las declaraciones del General Ler, fue el propio Hitler que ordenó su detención. Conducido delante del general alemán, se negó a sentarse en el asiento que le ofrecieron, diciendo: “No tengo nada para hablar ni motivos para sentarme con usted que redujo a mi pueblo a la esclavitud”. Lo encarcelaron inmediatamente en el Monasterio de Ljubostinja, luego fue trasladado a una prisión con un régimen más estricto, en el Monasterio de Vojlovica, cerca de Pancevo, donde lo mantuvieron encarcelado durante casi tres años junto al Patriarca Gabriel. Monseñor Nicolás evoca la forma en que se enfrentó a la dura prueba de cautiverio: “Como un prisionero, viviendo por mucho tiempo en una celda aislada, me rebelé en espíritu contra mi encarcelamiento y mi incapacidad para actuar en lo que sea. Orando a Dios que me ilumine y leyendo el Evangelio, fijé mi atención en las frecuentes visitas de Cristo al desierto y lo que Él dijo a los apóstoles: “Vengan, apártense de los demás a un lugar solitario y descansen un poco” (Mc 6:31). Esto me ha hecho entender mi situación. Me di cuenta de que, en la cárcel, ya estaba en un desierto, lejos del mundo, aislado y solo con mi Dios. Me dije a mí mismo: “Yo no estoy aquí para “hacer”, sino para “ser”. Este tiempo es para mí la noche y no el día. Si todas las actividades externas están prohibidas para mí, la actividad interna sigue estando en mi poder. Puedo vigilar mi mente y mi corazón libremente. Puedo llorar, gritar y rezar. En este aislamiento, puedo iluminar mi mente y limpiar mi corazón de todo temor, miedo y codicia. Puedo implorar al Señor mi Dios que me cure de todos los defectos de mi alma y que me restaure”. A partir de esta fecha, datan las centurias espirituales que escribió, todas centradas en el valor fundamental del Evangelio: La Centuria de Ljubostinja, y dos textos de oraciones: El canon de oración y la oración a la Santísima Virgen de Vojlovica, y Las tres oraciones a la sombra de las bayonetas alemanas.

El 14 de septiembre de 1944, los alemanes transfirieron a Monseñor Nicolás y al Patriarca Gabriel de Vojlovica al campo de concentración de Dachau, donde permanecieron internados hasta casi el final de la guerra. Este infierno fue para Monseñor Nicolás el lugar de una experiencia mística profunda, una “visión” de Dios, la cual discretamente evocaba en estos términos: “En el campamento, todo es así: estás sentado en una esquina y todavía te dices una y otra vez: Yo soy polvo y ceniza. ¡Señor, toma mi alma! Y de repente, tu alma sube al cielo y ves a Dios cara a cara. Pero no puedes soportar esta visión y dices a Dios: ¡No estoy listo! ¡Déjame volver abajo! Y así, una vez más, estás sentado allí durante horas y horas, repitiendo: Yo soy polvo y cenizas. ¡Señor, toma mi alma! Y otra vez, Dios te lleva arriba”.

A finales de enero de 1945, el Obispo Nicolás y el Patriarca Gabriel fueron llevados a Viena, donde los alemanes les propusieron colaborar. Se opusieron categóricamente a estas propuestas pero obtuvieron del poder un permiso para realizar una corta visita pastoral, acompañados por agentes de la seguridad militar alemana, a los campamentos de refugiados del ejército serbio en Eslovenia y en Italia. Ambos fueron liberados finalmente el 8 de mayo de 1945 por la 36ª División Americana que conquistó el campo de Dachau. Después de haber vagado durante algún tiempo, como los millones de refugiados, en las carreteras de los países occidentales, el Patriarca Gabriel decidió regresar a Serbia para hacerse cargo de la dirección de la Iglesia, mientras que Monseñor Nicolás dimitió, como miles de serbios, tomar el camino del exilio: él sabía que, dado el prestigio que tenía, si regresaba a casa, sería inevitablemente silenciado por el régimen comunista instaurado por Tito. Después de haber tratado de quedarse en Inglaterra, se fue a Estados Unidos durante el año 1946. Estaba agotado por las dificultades sufridas en los últimos años y su inactividad en los últimos meses y, desde entonces, se enfermaba muy a menudo.

Encontró, sin embargo, la fuerza para continuar su trabajo misionero y eclesial. Viajó en los Estados Unidos y Canadá, alentando a los débiles, reconciliando a los que estaban revueltos y difundiendo la fe. Todos los ortodoxos y los demás cristianos en Norteamérica tenían en gran estima su trabajo pastoral, y lo consideraban como parte, según las palabras del Arcipreste Alexander Schmemann, “de los apóstoles y misioneros del Nuevo Mundo”.

En junio de 1946, Monseñor Nicolás recibió un doctorado honoris causa de la Universidad de Columbia. De 1946 a 1949, enseñó en el seminario serbio del Monasterio de San Sava en Libertyville, cerca de Chicago. También dio conferencias en el Instituto de San Vladimir en Crestwood, Nueva York, y el Seminario ruso de la Santísima Trinidad en Jordanville. Al referirse a su visita a San Vladimir, el Arcipreste Alexander Schmemann, decano del Instituto, escribió: "Hay pocos eventos en la vida y la actividad de nuestro instituto que recordamos con mucha alegría y gratitud tanto como la ayuda que recibimos de Monseñor Nicolás, de eterna memoria. Sabíamos que Dios nos ha dado el privilegio de estar en la compañía del jerarca ortodoxo más importante del siglo XX. Monseñor Nicolás no sólo fue un gran serbio. Es para todos los ortodoxos, la expresión de la espiritualidad ortodoxa”.

A partir de 1951, Monseñor Nicolás ocupó en el seminario del Monasterio de San Tikhon en South Canan (Pennsylvania) las funciones de profesor (enseñando ya sólo en Inglés) y luego las funciones de decano y de rector.

La oración fue una constante en su vida, y es en posición de oración que Monseñor Nicolás durmió en el Señor. Fue en el Monasterio de San Tikhon South Canan, en la modesta habitación que ocupaba, que fue encontrado, el domingo 5 de marzo de 1956, en la madrugada, cuando, después de haberse levantado, estaba de rodillas en oración, preparándose para celebrar la Divina Liturgia.

Su funeral se celebró en la Catedral de San Sava en la ciudad de Nueva York, luego su cuerpo fue trasladado al Monasterio de San Sava en Libertyville. Lo enterraron cerca del altar de la iglesia, a la que asistieron numerosos fieles ortodoxos.

Al anunciar su muerte, las campanas de muchos monasterios e iglesias sonaron en Serbia, y muchos oficios se celebraron en su memoria durante cuarenta días. El último deseo del obispo Nicolás era ser enterrado en su amada “patria”, “donde había aprendido el alfabeto”, es decir en el Monasterio de Celije, cerca de Lelich, su amado pueblo.

San Justino Popovich fue el primero en Serbia en hablar públicamente sobre el obispo Nicolás como santo, especialmente durante los recordatorios anuales celebrados en Lelich, mientras que el obispo de San Francisco, de la Iglesia Ortodoxa Rusa fuera de las Fronteras (R.O.C.O.R.), el futuro San Juan Maximovich, lo llamó, ya en 1958, “el Crisóstomo de nuestro tiempo, un gran hombre santo y un maestro universal de la ortodoxia”.

La creciente veneración del pueblo serbio por la figura de Monseñor Nicolás condujo a la Iglesia Serbia a solicitar al gobierno de Estados Unidos que sus restos fueran repatriados a Serbia, tras la caída del régimen comunista. Finalmente fueron trasladados el 3 de mayo de 1991 y recibidos en el aeropuerto de Belgrado por Su Santidad el Patriarca Pablo (de eterna memoria) y muchos obispos, sacerdotes, monjes, y el pueblo. Recepciones similares, contando con la presencia de un mayor número de fieles, fueron celebradas en la iglesia de San Sava en Belgrado (del 3 al 5 de mayo), y en el monasterio de Zicha (del 5 al 12 de mayo). De ahí, las reliquias del Obispo Nicolás fueron trasladadas a Lelich, su pueblo natal, y fueron depositadas en su iglesia, donde se encuentran hasta el día de hoy.

El 18 de diciembre de 2002, en las vísperas de San Nicolás, las reliquias del Arzobispo Nicolás fueron trasladadas de nuevo a Zicha, donde una gran multitud vino a rezar y rendirle homenaje hasta el día de San Esteban (9 de enero de 2003) .

El traslado de las reliquias se realizó con motivo de una serie de celebraciones en memoria del Obispo Nicolás, organizadas en el monasterio de Zicha y Kraljevo. Uno de los aspectos más destacados de las celebraciones fue un simposio internacional organizado por el obispo Atanasio Jevtich, y al que asistieron doce metropolitas y obispos, muchos abades, monjes, monjas, representantes del clero y diversas personalidades de todas las regiones de la ex Yugoslavia, como así también de Estados Unidos, Rusia, Francia, Georgia y Palestina. Veinticinco disertaciones presentaron varios aspectos de la vida, de la personalidad y de la obra de Monseñor Nicolás. Las más importantes fueron reunidas en un hermoso volumen conmemorativo , que incluye, además de una biografía del obispo Nicolás, muchas de sus obras, documentos y testimonios relativos a él, numerosas fotos y reproducciones de la mayoría de los iconos y frescos que lo representan y que se encuentran repartidos por todo el mundo.

Al final del simposio, se alzaron voces para expresar el deseo de que Monseñor Nicolás fuera canonizado oficialmente en el seno de la Iglesia Ortodoxa universal.

Teniendo en cuenta el hecho de que el Obispo Nicolás fue venerado durante décadas por todo el clero y todo el pueblo como un santo en la Iglesia serbia, que numerosos íconos representativos se difundieron por todo el mundo y que se registraron desde su muerte muchos testimonios de milagros realizados por él, el Sínodo de los Obispos de la Iglesia Serbia procedió el 19 de mayo de 2003 a proclamar oficialmente su santidad, registrando su nombre en el calendario eclesiástico con fecha del 5 de marzo, conmemorando el día de su muerte, y con fecha del 20 de abril, conmemorando el día del traslado de sus reliquias de Estados Unidos a Serbia . La solemne ceremonia de canonización tuvo lugar el 24 de mayo en la Catedral de San Sava en Belgrado durante una liturgia celebrada por el Patriarca Pablo, en la que participaron todos los metropolitas y obispos de la Iglesia serbia.

Todos pudieron entonces repetir solemnemente las palabras que San Justino Popovich dijo en el quinto aniversario de la muerte del obispo Nicolás:

“¡Gracias a Ti, Señor, pues en él tenemos un nuevo apóstol!

¡Gracias a Ti, Señor, pues en él tenemos un nuevo evangelista!

¡Gracias a Ti, Señor, pues en él tenemos un nuevo confesor!

¡Gracias a Ti, Señor, pues en él tenemos un nuevo mártir!

¡Gracias a Ti, Señor, pues en él tenemos un nuevo santo!”.